

## LAS AVES Y SUS AMBIENTES

Por EMILIANO J. MAC DONAGH

---

A veces, en nuestros cursos universitarios, estamos tentados de interrumpir la exposición científica, que, por ley moral del oficio, debe ser llevada con paso de progresión didáctica, para invitar a los alumnos a dejar los apuntes y quedar en suspenso considerando el fluir de la vida.

Para quien sepa sentir es una lección sin palabras. Pero la vida alada es una lección gozosa. Camuatí, boyero, hornero: nombres de viejos maestros criollos. Enseñan inspirando.

Un gran naturalista del siglo pasado, George Mivart, autor de un gran número de trabajos anatómicos, y de un precioso libro de introducción al estudio de las aves, y que era por sobre todo un hombre espiritual, decía en su estilo de polemista: *There is no such thing as a dead bird*. Lo cual no puede traducirse apropiadamente. Vendría a ser esto: «Una ave muerta no es una ave». Y esa palabra, que parece la protesta de un poeta, es, en boca de un biólogo, un programa de enseñanza. Porque en verdad saber toda la anatomía, la clasificación y la terminología a propósito del esqueleto o las vísceras o el plumaje de un ave que no se conoce sino como ejemplar de colección y no en cuanto ser vivo, es solamente una parte de la ciencia de las aves.

Es como un mapa de los ferrocarriles respecto de la cinta cinematográfica tomada a lo largo de las vías desde el miriñaque de la máquina; ambos representan la realidad, pero mientras uno ofrece el plan, la otra registra la visión. La biología es una visión de la realidad. Así se comprende cómo muchos biólogos modernos se ocupen de determinar el ambiente, lo que se llama el «mundo» que rodea al animal, pero tal cual lo siente y lo conoce el animal, no según nuestra propia percepción. Para dar un ejemplo tomado de «otro mundo» que este de nuestro tema: a quinientos metros de profundidad, en las aguas tropicalmente claras e iluminadas de las Bahamas, la composición de la luz no es la misma que en la superficie; su espectro es diferente; los rayos rojos e infrarrojos han sido ya absorbidos por las aguas superiores y allí los animales rojos aparecen como si fueran negros; por lo tanto, el color rojo es mímico, es decir, protector, en ese «mundo».

Por el camino de esos estudios se está vivificando una nueva biología, salvado el escollo de que ciertos investigadores de la primera hora pretendían reducir a tal estudio y tales temas toda la biología; porque esos señores identificaban cosmos y vida; y por efecto de una reacción excesiva contra los naturalistas de la generación anterior que limitaban la biología al estudio del solo desarrollo de los seres (como si el adulto no formase parte del tiempo y el espacio de la naturaleza), estos otros llamaban biología al solo asunto del estudio de los factores, de los estímu-



FIG. 1. — Vuelo de la gaviota de capucho café.

los, y luego de las sensaciones y reacciones que les correspondían. Ya pasó aquel mal trance y por él hemos ganado en ciencia y experiencia; la lección que nos dejó ya era conocida por otros casos: no es indiferente la filosofía que se profese cuando se interpone la filosofía entre la ciencia y el objeto que ha de observar.

Así, pues, un animal debe ser estudiado como el ser vivo que es. Una ave muerta no es una ave. O es una ave de ese mundillo profesoral y pedantesco que define las aves como: «Saurópsidos y monocondíleos, amniotas, etc.». No, por favor, ese es un resumen de catálogo, una abreviatura de tratado, pero un naturalista debe hablar de la naturaleza como quien se acuerda con gratitud del campo donde pasó sus vacaciones y donde le gustaría volver.

Las aves no son solamente una parte de la naturaleza, sino una por-

ción activísima del proceso de la vida en la naturaleza. Aún las más sedentarias ejercen una acción dinámica de gran influencia sobre el ambiente, pongamos por caso sobre la vegetación. Si nos fijamos en las más desprovistas en cuanto a la locomoción, los pingüinos, sorprenden algunas especies con migraciones en masa que son formidables.

La función activa de las especies de aves se apercebe claramente cuando se estudia su presencia o su ausencia. Tenemos dos ejemplos en contra nuestra. El primero en el caso desdichado del gorrión, plaga de

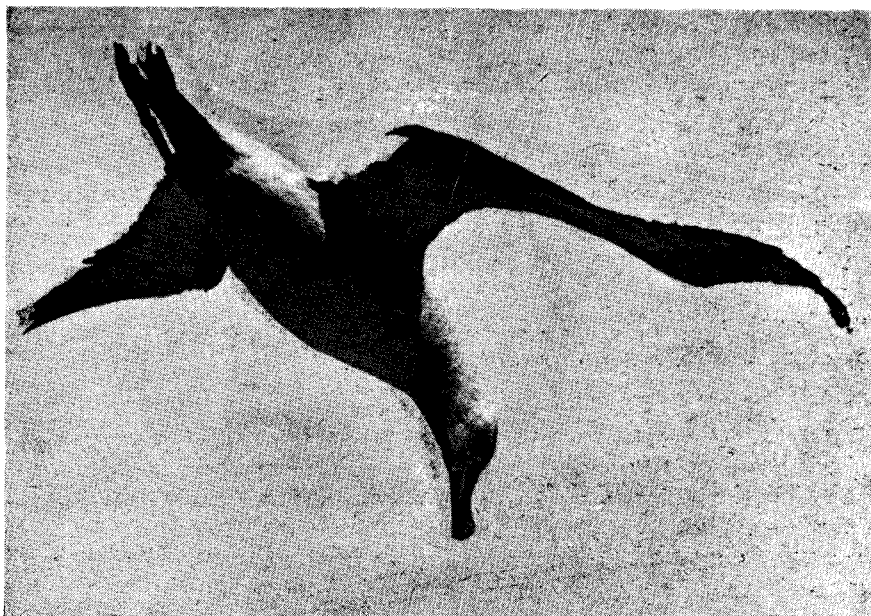


FIG. 2. — El gran albatros errante, de la raza que nidifica en Georgia del Sur.

las ciudades, de los pueblos, de los sitios poblados, pues el gorrión es un comensal y no se propagó a la naturaleza silvestre sino que se instaló donde el hombre (siquiera sea superficialmente) modificó la naturaleza. Allí busca su comida. Ahora, poco a poco, este inmigrante indeseable y aprovechador inicia la conquista de los refugios del campo, como liberado ya de la tutela del hombre, quien desempeñó sin quererlo la función de protector. El ejemplo contrario o sea la ausencia lo tenemos en las gaviotas, las cuales por haberse desecado o desagotado los grandes cañadones donde vivían y anidaban, han disminuído sus números y se han retirado a otras regiones, y a su ausencia debe atribuirse en buena parte el aumento extraordinario de la pequeña y dañina langosta que llamamos la tucura. Esta es una plaga que invade por manchones o mangas locales, y que causa doble daño, pues por una parte ataca a los sembrados

y por otra a los prados naturales o artificiales necesarios para la ganadería. Así como a la tucura, las gaviotas destruyen en gran cantidad las larvas de insectos dañinos que la reja del arado pone al descubierto y que en el campo se les llama los « gusanos blancos ». Al presente el país posee una gran superficie roturada para el cultivo, y el número de las gaviotas ha disminuído; por esta causa el precario equilibrio vital entre plaga y cultivo ha sido roto, y en contra nuestra.

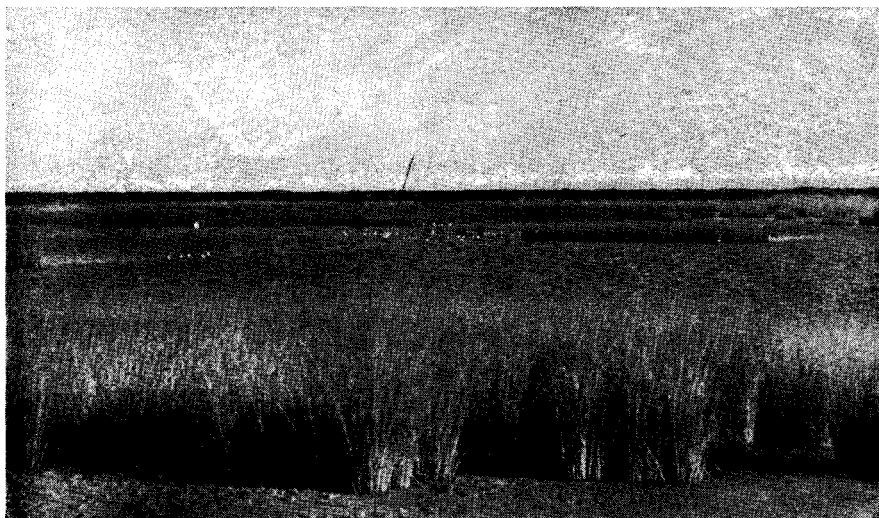


FIG. 3. — La Cañada del Malo, en General Lavalle (B. A.), uno de los grandes criaderos de la gaviota de capucho café.

Estos nos toca de cerca porque se trata de plagas. Apenas si en los últimos años nos hemos aplicado a estudiarlas como se debe, con criterio científico. Pero científicamente ellos no son sino una parte de los muchos estudios que debemos realizar para conocer la naturaleza dentro de la cual vivimos. Para ayudar a comprender mejor el espíritu de estas disciplinas elegimos los estudios sobre los hábitos de las aves, porque dada la claridad con que se presentan, de su investigación han surgido descubrimientos biológicos de gran trascendencia.

Como quiera que ellos son muy poco conocidos en nuestro medio (y no me explico bien semejante atraso), mostraré cuál es la vía de investigación de los grandes naturalistas contemporáneos, tomándolos de Murphy en su obra sobre las aves oceánicas de la América del Sur, Lincoln y Russell sobre las migraciones y la experimentación del comportamiento, y algunas monografías de especialistas.

Uno de estos nuevos métodos de estudio (desde luego que en la naturaleza, como corresponde a quienes siguen creyendo que la biología es la

ciencia de la vida), es el de las masas o poblaciones, para conocer su comportamiento en conjunto y luego particularizándose la de los casales, y por último, de los individuos, pero estudiándolos en sus fases o sea la condición o estado, ya se trate de crías, pichones, inmaduros, adultos o maduros.

Veamos un ejemplo. Se trata de las aves oceánicas por excelencia, los albatros y los petreles, para los cuales el océano es como una laguna. Pero no todo es libertad vagabunda porque están limitados por su lugar de cría que no es en cualquier parte sino solamente en ciertas islas, pues su patria chica es bien chica. En estas aves, según las especies, hay toda una gradación de tamaños, y ciertos petreles son más chicos que muchas gaviotas. Pues bien, excepto los albatros más grandes y los petreles también más grandes, los quebrantahuesos, todos los demás de este orden tratan de ocultar su huevo único, ya sea en el extremo de una excavación hecha por el casal o dentro de los resquicios de una hendedura natural, o en el medio de la vegetación que cubre la superficie del suelo. Los petreles oscuros « que crían en islas tropicales áridas, cavan sus torcidos túneles a través del suelo arenoso por una longitud de varios metros ». Y este hábito se mantiene hasta las islas subantárticas, más allá de las cuales, porque el suelo se congela, anidan en las grietas.

« Aparte de la significación protectora de las cuevas (dice Robert C. Murphy), sirven un fin de por sí importante, a saber, el uso múltiple de la misma área de cría por dos o más especies de muy diferentes tamaños. En la zona antártica los albatros gigantes llamados « carneros del Cabo », a veces cubren todo el espacio disponible en isletas o pastizales; y, sin embargo, las mismas áreas ofrecen sedes ideales a las cuevas de las aves balleneras o petreles azules. Así, pues, las dos especies, una grande, una pequeña, una diurna y franca en sus actividades, la otra nocturna y furtiva, ocupan el mismo territorio, y los números de una especie no están limitados por la abundancia de la otra ».

Esta modalidad se intensifica en ciertas islas oceánicas donde las aves llegan para anidar y lo hacen en épocas sucesivas a lo largo del año, de modo que las poblaciones de aves no se superponen, sino que se suceden.

Un segundo paso en este método de estudio en aquella biología que tiene ojos para ver, y que los utiliza, es la determinación del espacio propio de un casal en el ambiente nativo. Esto se llama el « territorio » de una ave. Veamos un ejemplo, argentino, desde luego.

En nuestro extremo sur existen tres especies de patos que son de las aves más singulares que se conozcan: son los « patos vapor », llamados así porque no suelen o no pueden volar, pero nadan con rapidez, ayudándose con las alas, que son chicas, y golpean el agua rápidamente, produciendo ruidos y espuma, caricatura, pues, de los viejos vapores a ruedas. En la flexura de las alas poseen dos gruesos callos óseos que contribuyen a reforzar sus golpes.

Las especies de « patos vapor », son :

1º Una que nunca vuela, y que vive en las aguas del sur patagónico, y desde Chiloé hasta el Cabo de Hornos.

2º Otra que tampoco vuela y solamente se halla en las Malvinas.

3º Otra que vuela y vive en el Sur, Tierra del Fuego y las Malvinas. Pero ésta aunque conserva el poder del vuelo, también tiene, además, la costumbre de ir a la carrera sobre el agua, batiéndola con las alas.

Si las investigaciones sobre el llamado « territorio » de las aves que poseen la facultad normal de vuelo son interesantes, las realizadas respecto de los « patos vapor » lo son doblemente, por contraste. Ofrezco aquí un resumen de lo publicado.

Veamos únicamente los casos de los « patos vapor » que no vuelan y, primero, la especie del continente.

Las horas de la comida son principalmente las de la marea alta, cuando los patos andan pastando por los bordes de los mantos de algas. Tan pronto como las rocas quedan al descubierto las bandadas de patos se dividen en pares o en pequeños grupos, se encaraman a sus retiros favoritos y pasan las horas descansando, limpiándose, untándose y riñendo entre ellos. Defienden la roca sobre la cual se asientan en contra de todos los que lleguen, abriendo sus picos y poniendo mala cara a cualquiera ave que se arrime. Los grupos pequeños lo pasan bastante apaciblemente y consiguen dormir por largo rato, pero cuando la población de patos está concentrada, siempre hay un continuo movimiento causado por la busca sin fin de una buena roca para quedarse.

Este pato, decía el joven naturalista fueguino Reynolds, fallecido el año pasado; este pato es una ave guerrera, con un singular método de ataque, y pelea contra los de su especie y los de la otra, más pequeña. Se agacha aplastando su cuerpo, la cabeza baja, el cuello extendido y nadando casi sumergido, desaparece gradualmente, hasta alcanzar a su desprevenido adversario desde abajo. Se conoce esta costumbre popularmente y tanto que los yaganes en sus canoas acostumbran recoger a los combatientes, y éstos son los patos adultos, pues mientras ellos pelean, las crías suelen refugiarse en tierra.

El otro « pato vapor » que tampoco vuela es el de las Malvinas; tiene costumbres aun más singulares a causa de su soledad, pues es la única especie de pato en las islas. Quienes compararon las costumbres de los de Tierra del Fuego y estos otros comentaron con asombro el contraste que ofrecían los fueguinos, salvajes y ariscos, con los malvineros, mansos hasta la ingenuidad. Se pensó en un principio que aquéllos estaban ancestralmente escarmentados por la persecución de los hambrientos indios fueguinos, al revés de la impunidad de las islas sólo recientemente visitadas por el hombre, y blanco, además. Después de más de un siglo de población creciente, parece (según observaciones renovadas) que la psicología de la especie no ha variado; por lo cual se piensa ahora que

es genética y no individual. «Temprano en la primavera el pato vapor malvinero macho hace valer su derecho a un territorio de nidificación al permanecer próximo a las playas de su elección y entrando en combate con todos los rivales».

A veces invaden el territorio de otro por casales, yendo adelante el macho. Ambos sexos pelean en el encuentro, atropellando al frente mientras nadan, y cada pato trata de agarrar al otro por el cuello y hundirle la cabeza bajo el agua, mientras lo golpea con las duras callosidades de las alas. Los patos en lucha giran y giran, produciendo tal alboroto en el agua que el ojo no puede seguir sus movimientos. Si uno consigue sumergirle la cabeza al otro, el golpeteo se redobra y frecuentemente el agua se enrojece con la sangre. Un pato que es derrotado se escapa como mejor puede y el vencedor se va remando mientras lanza gruñidos de gozo, en tanto que su compañera expresa la misma emoción triunfante con voces como el maullido de una gata.

Estas pintorescas escenas muestran en qué cosa consiste la guarda de un determinado espacio de suelo como garantía de su nidada y del alimento para los padres y sus polluelos. Ese espacio se llama «territorio» y varía según las necesidades. Así, en ciertos pingüinos durante la incubación es un círculo a su alrededor que está trazado por el alcance de su elástico cuello y su pico, pues son aves peleadoras y empollan en colonias; siendo mantenido el huevo entre las patas y contra el cuerpo, pues no hay verdadero nido.

Según se ve, pues, el territorio de las aves es un ambiente propio, del casal, y el ave no ha de vivir obligadamente allí todo el año. Las aves adoptan su ambiente propio en cuyos límites encuentran su comida y eligen puntos aun más restringidos en donde cantan y otros en donde duermen.

Estos hechos han adquirido ciudadanía científica en la nueva biología, pues han sido muy bien verificados y analizados. La generación anterior les había cerrado la aduana como a tantos otros conceptos hoy asentados.

Es por ello tanto más significativo que la inteligencia popular los haya consagrado, en muchos países y desde muy antiguo. En nuestro país el criollo usa la expresión «pueblo de garzas», «pueblo de gavio-tas», y otros, para las grandes colonias de nidificación de tales aves acuáticas, motivo de monografías magistrales como las de Bent. Se conocen referencias populares a las horas y sitio de canto de alguna de nuestras aves, tema cuya verificación atrae en Europa y Norteamérica a investigadores de renombre, bajo aspectos variados que van desde la fisiología glandular a la meteorología. Por último, el paisano sabe bien dónde están lo que él llama «dormideros» de ciertas aves, y por cuáles señas se los conoce. El hombre de ciencia puede aprender del pescador lagunero, del nutriero y otros autores inéditos.

*Fotos del autor.*